

COM COMBATRE
EL FEIXISME

Najat El Hachmi,
escriptora.

Jornades UPEC

Ells són pocs, nosaltres som
moltes

4, 5 i 6 de novembre



COM COMBATRE EL FEIXISME

Des de la cultura. **Najat El Hachmi**, escriptora.

Des de la història. **Xavi Domènech**, historiador.

Des de la societat civil. **David Karvala**, Unitat Contra el Feixisme i el Racisme (UCFR).

Autora: **Najat El Hachmi**, escriptora.

Data: Dimecres, 4 de Novembre 2020

Matar un profesor

No sé si hay algo más absurdo que una película sobre un personaje histórico en el que el personaje histórico no aparece nunca en pantalla. En su lugar está la camella sobre la que suponemos va montado o bien una musiquita que refiere la presencia de Mahoma. Tardé mucho en comprender esa extraña anomalía de Ar-Risala, el film que habla del nacimiento del islam. Tuvo que ser un experto en doctrina religiosa el que me contara que nosotros, los musulmanes, tenemos prohibida la representación de nuestra figura más sagrada y que sería un sacrilegio, una ofensa a Dios y a millones de creyentes el que alguien se atreviera a dibujarlo, esculpirlo o representarlo del modo que fuera. Por eso en nuestras casas no hubo nunca retratos, por eso el arte figurativo nos es ajeno. Para justificar el dogma tajante nos hablaron de la leyenda del vellocino de oro, de los adoradores politeístas de dioses anteriores al advenimiento de la única y verdadera religión y nos pusieron delante el ejemplo opuesto a lo que nosotros somos y debemos ser: el del catolicismo que venera la imagen de Cristo, un muñeco construido a imagen y semejanza del hombre, arcilla y yeso adorado como si de una auténtica divinidad se tratara.

Que un musulmán no pueda dibujar a Mahoma o a Dios no tendría que atañer más que al que en ellos crea pero a los fanáticos no les basta con cumplir con los preceptos de su religión, pretenden imponer al resto del mundo su particular visión de lo sagrado. Les ofende un dibujo, un trazo en una página de papel, incluso en soportes más perecederos. Qué débil será su fe para que se sientan amenazados por un gesto tan inocente, tan inofensivo. ¿Qué peligro tan grande supone para ellos romper con una norma que, comparada con otras como la de no matarás, resulta incluso ridícula? Sin ánimo de psicoanalizar a quienes no atienden a razones, me atrevo a sospechar que en el fondo no están tan seguros de lo que creen porque lo que creen, todo el sistema en el que viven y según el que organizan todas las facetas de su existencia, no aguanta un análisis desde fuera, no soporta una lectura científica desde la historiografía, la sociología, desde cualquiera de las disciplinas con las que modernamente nos hemos dotado para comprender la realidad. Cabe la posibilidad de que el texto sagrado no fuera rebelado por Dios, de tal cosa no hay pruebas hasta la fecha y, a falta de pruebas, la fe no se sostiene más que por sí misma y quienes creen no necesitan más, es una decisión que han tomado y en base a ella viven. Pero quienes ven amenazadas sus convicciones, supuestamente las más profundas que tienen, necesitan que el mundo exterior esté acorde con su visión unívoca y ofuscada de la realidad, creen que el único modo de disipar las dudas que albergan íntimamente sobre su fe es destruyendo a cualquiera que ose sacarlas a la luz aunque sea desde un lugar muy distinto al suyo. El fanático no descansará hasta que todo el mundo piense como él, hasta que todo el mundo sea como él y, si el otro se resiste, puede contemplar como válido imponerse por la fuerza, incluso acabando con la vida de quienes no piensan como ellos.

En este caso la víctima ha sido un profesor y ni más ni menos que de libertad de expresión. Lo contrario a un fanático es un profesor que pretende que sus alumnos piensen, reflexionen, debatan, entiendan,

sepan, sean, en fin, ciudadanos emancipados liberados del oscurantismo de antiguos regímenes que son bien contemporáneos fuera del minoritario territorio llamado mundo occidental. A quienes tengan la tentación de creer que esta situación privilegiada que impera aquí (la de poder expresar con libertad las propias opiniones sobre lo sagrado y lo profano) es cualquier cosa, les aconsejo que repasen la historia para comprobar que tal estado de derecho es fruto de una larga lucha con millones de muertes por el camino. Samuel Paty es todos nuestros profesores de filosofía, de literatura, de arte, de historia, de humanidades, todos los profesores que alimentaron nuestras ganas de comprender el mundo más allá del inmediato que nos tocó en suerte, profesores que se atreven a replantear dogmas y ofuscaciones. Escribo esto con pesar y tristeza por el asesinato del docente francés pero también con cierta preocupación por todos los que en los últimos tiempos me invitaron a sus aulas para hablar de islam, feminismo y libertad. Me acuerdo de todos ellos con alumnos que podrían sentirse ofendidos, en algunos casos alumnos visiblemente contrariados por el hecho de abordar su religión desde un punto de vista distinto al del creyente, al suyo propio, y me acuerdo de lo difícil que es derribar ese muro de intransigencia que pretende que la sensibilidad de uno sea la del resto del mundo y que quienes enseñan se autocensuren. O que lo hagan los compañeros, musulmanes o no, que no comparten sus mismas opiniones. A día de hoy me parecen más admirables que nunca esos profesores que decidieron abordar la cuestión aunque sé que muchos otros optan por no tocar temas tan espinosos, no quieren provocar malestar, ni ofender ni poner en duda las creencias de una parte de su alumnado.

Puede que algún lector crea que estamos muy lejos de la situación de Francia y que nuestra realidad nada tiene que ver con la gala pero hace tiempo que aquí también observamos una deriva preocupante. Colgar una fotografía de una copa de cava por Ramadán, por ejemplo, me valió una infinidad de mensajes de lo más desagradables, incluidos los de personas que se decían moderadas pero que me instaban a no faltar al respeto de los creyentes. Hay organizaciones manifestándose públicamente en esta dirección, afirmando que el sistema democrático está al mismo nivel que el religioso, que el único modo de respetar verdaderamente a los musulmanes es aceptando los valores que se oponen a los que rigen el conjunto de la sociedad. Las falsedades sobre el islam se difunden sin resistencia alguna y en muchos casos con el aval de la lucha contra la islamofobia. Hemos visto ya la presencia de fundamentalistas reconocidas predicando en estamentos públicos. Y aunque pueda parecer que el islamoizquierdismo no tiene la misma presencia mediática aquí que en Francia, lo cierto es que no son pocos los sectores de la izquierda que están permitiendo el avance de los fanáticos abriéndoles las puertas a tribunas públicas y mediáticas. Acuérdense, además, de que en las ciudades con más población musulmana, Ceuta y Melilla, resulta a día de hoy de lo más difícil poder organizar actos sobre feminismo e islam, pongamos por caso, sin que algunos partidos políticos que enarbolan la bandera de la religión no apelen a la islamofobia para censurar este tipo de actividades.

Las acusaciones de fobia están sirviendo para acallar, para silenciar las voces disidentes que proceden del islam. En nuestras manos está no dejar que en España la situación llegue al punto en el que está en

Francia. La lucha contra el fanatismo y la ofuscación religiosa que no toleran las voces discrepantes, que pretenden socavar en lo más profundo las democracias en las que las libertades individuales están por encima de las adscripciones comunitaristas, no pasa por comprender las razones de la exclusión social, que es otro tema; pasa por ser conscientes de la influencia que pueden ejercer las organizaciones islamistas sobre las juventudes musulmanas españolas. En este caso el único antídoto es, precisamente, la educación, una educación de calidad que enseñe a pensar y cuestione los dogmatismos.